

HOMENAJE A CARMEN CASTAÑEDA

Gail Mummert
El Colegio de Michoacán

Laura Cházaro*
CINVESTAV-IPN

Para Michel de Certeau, el oficio del historiador está comprometido con el andar entre los que han sido, entre los muertos; para hacerlos hablar los introduce en su escritura. Pero el oficio de historiar no se reduce a un viaje por opacos y distantes documentos para rendir informes o descripciones. La producción de historiografías no es un simple recuento. Resultan del entrecruzamiento de las posiciones políticas y sociales del historiador y las condiciones vividas de los protagonistas de sus historias; de los métodos del historiador y de su habilidad para atraer ideas y prácticas de esos otros, distantes del nosotros actual.¹

La sección temática de este número de *Relaciones* pretende recordar a una colega y amiga en su oficio de historiadora. Pensar en el quehacer de los historiadores, en el de Carmen Castañeda García, implica no sólo reconocer sus intereses temáticos; supone también preguntarse por el lugar desde donde escribieron, entender desde su presente cómo reelaboraron modelos, métodos y preguntas que hoy tenemos como adquiridos o dados.

Carmen Castañeda, al igual que algunas otras mujeres de su generación que maduraron al calor de las convulsiones sociales de 1968 y se desarrollaron en la vida académica, se inició como normalista, ocupación que pronto dejó para dedicarse profesionalmente al oficio de historiar. En 1969, se tituló como historiadora en la ahora desapa-

* chazaro@cinvestav.mx gummert@colmich.edu.mx

¹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993 [1975].

recida Facultad de Filosofía de la Universidad de Guadalajara y, más tarde, en 1974, obtuvo el doctorado en historia por El Colegio de México. Este camino, no sólo habla de empeños personales; expresa ciertas formas de trabajar y abordar al pasado, nos habla de una historia de la historia mexicana. Castañeda perteneció a una generación de historiadores que consolidó la historiografía mexicana contemporánea, profesional y universitaria.

En 1969, ingresó como alumna de doctorado a El Colegio de México; para entonces el Centro de Estudios Históricos contaba con consolidados historiadores, formados bajo el liderazgo de Silvio Zavala y un puñado de trasterados españoles, muchos de ellos inspirados por el mismo Edmundo O’Gorman. A mediados de los años cincuenta, aquel grupo había creado un canon historiográfico plasmado en la ya clásica e imprescindible *Historia moderna de México* coordinada por Daniel Cosío Villegas. Con las enseñanzas y obras de este primer grupo maduró una segunda generación de historiadores profesionales: entre otros, Moisés González Navarro, Leopoldo Zea y Luis González y González, quienes se propusieron hacer historia a la mexicana. Como dijo Luis González, esa generación se identificó con el “historiador abeja”: aquel que está convencido de que los archivos y museos nacionales son los que ofrecen la miel para historiar. Bajo esa identidad los historiadores profesionales empezaron a producir historias de México y desde México; recurriendo a diversas técnicas se lanzaron a los archivos y sumaron datos. Esta insistencia en el archivo los colocó en situación para buscar modelos y métodos historiográficos entre sociólogos y antropólogos. Comparten preocupaciones, especialmente con estos últimos; como los historiadores con el archivo, los antropólogos buscan en el trabajo de campo datos: unos para reconstruir vidas pasadas, los otros, para acceder a las sociedades del presente.

Carmen estudió y labró su identidad de historiadora bajo esos cánones. Ella se sintió heredera de la obra de Luis González y González. El afán por dar a conocer la vida cotidiana en Guadalajara, las pasiones, las creencias y otros “intangibles” se volvió para ella una forma de abordar la historia, logrando al final establecer un fructífero diálogo entre la antropología, la historia y la sociología. En su tesis doc-

toral, defendida en 1974 y publicada en 1984 con el título *La educación en Guadalajara durante la Colonia*, Castañeda escucha y hace hablar a los estudiantes de antaño. Esta obra revela su interés por modelar la historia desde una perspectiva regional, inspirada en gran medida por su conocimiento de la corriente francesa conocida como la *Escuela de los Anales* y luego madurada con los métodos de la microhistoria promovidos por su maestro Luis González. Como lo señala la alumna de Carmen, Alma Dorantes, en su “Una mirada retrospectiva a la obra de la historiadora Carmen Castañeda” que abre la sección temática, la obra de Castañeda se empeñó en hablar de Jalisco y desde Jalisco rompiendo con aquella historia centralista y nacionalista, desconocedora y desdeñadora de la centralidad de los márgenes.

Fue quizás buscando en archivos de Nueva Galicia –muchos de los cuales ella contribuyó a rescatar– que se le fue aclarando una perspectiva regional. Así, al toparse en los documentos con hombres y mujeres de carne y hueso sus intereses como historiadora poco a poco se movieron de una historia de las instituciones educativas (desde primarias y Seminarios hasta la Real Universidad de Guadalajara) a una historia de las ideas y la cultura, donde los sujetos y su cotidianidad son el centro de sus reflexiones. Se interesó por la familia y el matrimonio y reveló sus características recogiendo historias de amor y violencia entre hombres y mujeres: ejemplo de ello es su libro *Violación, estupro y sexualidad: Nueva Galicia, 1790-1821*, publicado en 1989. Desde entonces muestra hábilmente cómo situaciones aparentemente periféricas, supuestos rellenos de la vida cotidiana, explican estructuras y eventos centrales de la vida política y económica de una región y, aún más, de un país.

El punto culminante de su larga trayectoria como historiadora, catalogadora, paleógrafa y directora de archivos fueron sus investigaciones sobre los problemas de la cultura, la vida cotidiana, la familia y la educación. Tejiendo hábilmente los métodos de la historia con los de disciplinas como la antropología y la sociología, consolidó su pasión por penetrar el pasado reconstituyendo el contemporáneo interés por las prácticas educativas, en especial, la historia cultural de las mismas. Lejos de lo evidente, buscó en aquellos espacios educativos donde se movían las mujeres la historia de Jalisco y desde ahí

creó una línea de investigación sobre “cultura escrita e historia”. Convencida de que la labor historiográfica era de equipo y no de solitarios, en el 2005 Carmen fundó el seminario “Historia de la Cultura Escrita en México” en el CIESAS-Occidente, institución de adscripción donde pasó los últimos lustros de su vida en su Guadalajara natal.

En las reuniones mensuales y en dos coloquios anuales (2006 y 2007), historiadores, antropólogos y otros estudiosos presentaban avances de investigación y debatían sobre la educación en su sentido más amplio: la historia del libro, la alfabetización, la enseñanza y práctica de la lectoescritura y por supuesto la cultura escrita. Con su entusiasmo contagioso y carisma característicos, Carmen inspiró a sus colegas y alumnos de varias instituciones tapatías a analizar cómo mujeres y hombres participaban de manera diferencial en la historia de la cultura escrita.

Este número de *Relaciones* en homenaje a Castañeda tuvo su génesis en el IV Coloquio de Género y Mujeres en la Historia de México, organizado por nosotras en marzo 2007 en El Colegio de Michoacán. Carmen insistió que el tema “Cultura escrita, género e historia” se incluyera en el programa de este magno evento y comentó personalmente las cuatro ponencias presentadas en dicha mesa. Su presencia en Zamora sería lamentablemente su última participación en un foro académico internacional, semanas antes de su fallecimiento ocurrido el 4 de mayo del 2007.

Los cuatro textos que conforman la sección temática de este número de *Relaciones* fueron presentados en dicho coloquio que reunió a decenas de estudiosos provenientes principalmente de Estados Unidos y México formados en disciplinas diversas: la historia desde luego, pero también la antropología, la sociología, la filosofía, entre otras. Los artículos de López, Romero e Infante seleccionados para este número fueron comentados por Carmen y las versiones que aquí aparecen se beneficiaron de su sapiencia. Estas tres autoras interrogan la cultura escrita en México analizando la obra de escritoras mexicanas de los siglos XIX y XX. Indagando en los archivos, rescatan la escritura de y para las mujeres y echando mano del análisis literario abordan las prácticas de escritura y los cánones que las inspiran. Desde distintos casos y épocas, estas autoras encuentran las jerár-

quicas formas de exclusión de las mujeres en los terrenos educativos y culturales. Pero también subrayan los recursos culturales de las mujeres para reinventarse asumiendo identidades de escritora, autora o creadora. A su modo, estos artículos recogen las preocupaciones y enseñanzas de Carmen Castañeda, la historiadora. Por ello, constituyen el mejor tributo a una gran y generosa maestra, quien dejó huella en muchas generaciones de estudiosos de fuentes históricas.

La sección temática cierra con un artículo de Frida Gorbach que propone pensar las conexiones entre la historia y el concepto género. Argumenta que la historiografía actual se ha olvidado que hacer historia supone ejercicios teóricos. Muestra cómo muchas historias de mujeres hacen de la “mujer” una entelequia sin historia. De la lectura del texto de Gorbach podemos apreciar cuánto la obra de Carmen Castañeda abrió nuevas miradas y señaló problemáticas no atendidas. También nos sitúa hacia delante, lanzando una clara invitación a continuar avanzando con nuestras preguntas y actuales inquietudes.

